

Comentario del trabajo “Factores curativos en el psicoanálisis de hijos de sobrevivientes del Holocausto antes y después de la Guerra del Golfo” de Ilany Kogan

Carlos Moguillansky

El autor nos ofrece una vasta exposición sobre el psicoanálisis con hijos de sobrevivientes del genocidio nazi e ilustra con algunas viñetas ocurridas durante la Guerra del Golfo. Dos terrenos de interés se destacan en su estudio: en primer lugar describe el papel de las vivencias de la generación familiar previa en la atribución actual del sentido, normal y neurótico. El autor enfatiza el valor de aquellas experiencias que tienen el significado de una severa conmoción vital o han resultado traumatizantes. En segundo lugar, estudia las herramientas que, en su opinión, el analista adopta en el abordaje de pacientes en una situación de guerra compartida por paciente y analista.

Aunque los dos campos de su exposición tienen autonomía, el autor se esfuerza en mostrar los puntos donde éstos convergen. En el primer eje, donde se encara la transmisión del sentido entre generaciones, el artículo enfatiza la eficacia del reservorio significativo de la memoria colectiva y su papel en la creación de predomios semánticos e ideas fuerza que organicen un polo que opera en sinergia o en conflicto con significados que surgen en el presente del individuo psicoanalizado. Se trata de una fructífera exploración sobre cuáles son las fronteras de la interacción semántica y sobre su papel particular en la formación de síntomas. La memoria familiar y colectiva tiene un rol eficaz tanto en la función de reserva mnésica como en la formación de ideales que contribuyen en la construcción de sentidos prevalentes o predestinados a expresarse. Sin embargo, tengo mis reparos sobre el valor de punto de

partida en la génesis del significado que el autor le da a las vivencias traumáticas del Holocausto.

No dudo de la potencia semántica de esas vivencias, sino de la consistencia que el autor les otorga como un indudable punto de partida. El psicoanálisis es una teoría que no vacila ante la inconsistencia. Esto resulta así en parte por cuestiones del método; que pretende que la certeza, derivada de la verdad, ceda sus fueros ante la convicción, como un resultado provisorio de la verosimilitud. La cuestión de fondo surge sin embargo por la naturaleza del objeto de estudio. Ella exige una incómoda actitud de insatisfacción respecto de la supuesta consistencia de un hallazgo clínico. Cada vez que creemos encontrar un punto de falta asociativa, un punto final de comprensión, lo que llamaríamos un signo, ya sin remisiones ulteriores, solemos estar ante una nueva y renovada expresión de la resistencia, expresada esta vez bajo la forma de un lugar común, de una idea sobreestimada o de un afecto muy intenso. El privilegio metódico de la deriva semántica es la única respuesta cautelosa ante un método que nos muestra reiteradas evidencias de la inconsistencia tanto de la identidad como de la memoria.

El segundo eje es aún más interesante y polémico. La guerra es una experiencia que lleva al límite la tensión entre lo público y lo privado. Ante las bombas, ninguna intimidad es posible. El material clínico ilustra con elocuencia la presencia ubicua de la guerra, de la máscara de gas como un testimonio cotidiano de una amenaza tan presente como invisible y la incidencia del peligro permanente como un origen del sentido. Cabe preguntarse si es posible realizar un acto de concentración suficiente en medio de tan devastadora intrusión o si ese acto se torna inevitablemente en un efecto disociado; si es posible rescatar la íntima experiencia personal ante una situación que atropella de ese modo. El autor señala que, en una situación tan extrema, conviene distinguir entre el efecto de la interpretación analítica y lo que él llama el efecto curativo de los factores relacionales entre el analista y el paciente en un período de amenaza existencial. Entre ellos, él enfatiza el valor curativo de los actos que permiten: *“reinstaurar al paciente sólida y verazmente en la realidad actual manifestándole mis propios sentimientos como persona que la compartía, sin quedar paralizado por la regla de la neutralidad”*. (Kogan, *Ibíd.*)

En este punto creo que es útil distinguir si un psicoanálisis puede realizarse en esa situación o si, por el contrario, la intrusión de la guerra resulta incontenible y no es posible establecer las condiciones

para su desarrollo. Si el caso es que el psicoanálisis no es posible, resulta comprensible que en esa instancia se piense en otras alternativas que resulten de utilidad para sostener la situación psicoterapéutica. Sería inútil pretender sostener la escucha analítica si no se cuenta con la debida concentración para que esa indagación se pueda realizar. Aún así, albergó alguna duda sobre la conveniencia de una confesión contratransferencial, más allá del énfasis en su efecto afirmador del juicio de realidad que destaca el autor. En una situación de severa confusión como la que él describe, quizás sea útil una crónica neutra de la situación que defina con nitidez qué es lo que a juicio del analista está ocurriendo, sin el agregado de sus propios afectos en juego, que pueden teñir la escena de un clima equívoco. Si, por el contrario, estamos en posibilidades de sostener la situación analítica, algo que fue alguna vez posible, según fue relatado por los analistas ingleses durante la última gran guerra, no veo la razón técnica para introducir un parámetro de esa naturaleza, con el riesgo que conlleva de generar una severa colusión en la transferencia.

Finalmente, los dos ejes centrales del trabajo ilustran con claridad las severas dificultades que un psicoanálisis debe atravesar en una situación de guerra y los efectos que esta situación tiene sobre la cura de los pacientes que han atravesado por otra severa crisis vital (o les ha ocurrido a sus familias directas). Se trata de un documento importante que permite valorar el rol de reservorio asociativo y mnésico que tiene el grupo familiar en la confección del sentido personal de una persona y su importancia tanto en la emergencia sintomática como en la elucidación posterior que puede realizar un psicoanálisis. Sin embargo, ambos ejes confluyen en un punto polémico. Tanto el valor de punto de partida semántico, de signo pleno de significado, que el autor le da a los hechos traumáticos del Holocausto como el valor de certeza que le otorga a “la visión natural de la realidad” que realiza el analista en una situación crítica, sostienen un punto de consistencia natural en el que se detiene la deriva de sentido, tan propia del funcionamiento del inconsciente como implícita en el método psicoanalítico que intenta dar cuenta del mismo.

CARLOS MOGUILLANSKY

Carlos Moguillansky
Av. Las Heras 3745, 11° “C”
C1425ATB, Capital Federal
Argentina